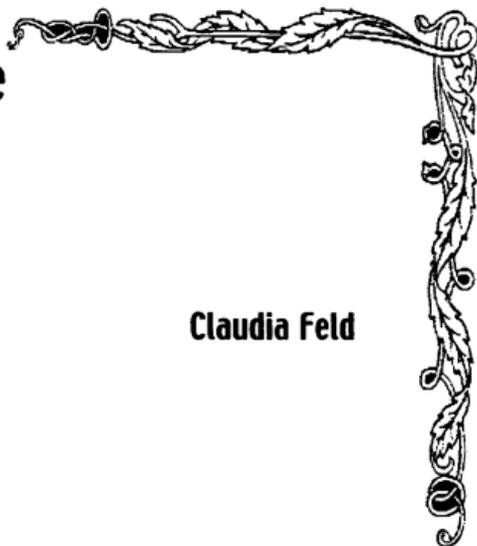


La acechanza de lo pequeño



Claudia Feld

Desde el niño rubio y espigado de *Zama* hasta el "guri" cuyos ojos persiguen a Aballay mientras trata de expiar la culpa de haber matado a su padre, la narrativa de Antonio Di Benedetto está poblada de niños. Estos personajes que aparecen profusamente en su escritura, a veces apenas delineados, a veces cobrando un inquietante protagonismo, presentan –a mi entender– claves que atraviesan toda su narrativa.

Me interesa explorar algunos de ellos, tratando de pensar: primero, cómo están contruidos; segundo, qué función cumplen en los relatos y novelas en que aparecen; y tercero, cómo reenvían a una lectura más amplia de la narrativa de Di Benedetto y cómo resuena en mí esta lectura.

Los personajes a los que me voy a referir son niños sin infancia, ya sea por haber quedado huérfanos (en el cuento "Enroscado", por ejemplo, se habla de un niño en una casa "que ha quedado vacía de madre" y en "Aballay" del hijo de un hombre asesinado); ya sea por haber sido abandonados (en "El juicio de Dios" hay una nena abandonada por sus padres) o por vivir en medio del desamparo: a varios, la descripción los muestra sin ropa, descalzos y sucios –como el hijo de Diego de Zama– "hasta confundirse, en el crepúsculo, con la propia tierra"¹.

Las acciones que realizan, sus gestos, el modo en que se los describe, casi siempre a través de diminutivos que se aplican tanto a partes de sus cuerpos como a los objetos que estos niños manipulan, los colocan en un lugar de debilidad física y de falta de poder. Así se presentan, por ejemplo, las dos niñas que aparecen en *Zama*. La primera, nieta de un hombre que realiza un

¹ Di Benedetto, Antonio. *Zama*. Buenos Aires, Adnana Hidalgo, 2004, p. 147. Todas las citas corresponden a esta edición.

pedido ante el asesor letrado. Di Benedetto escribe: "La niña, que al principio me miraba con limpidez, poco a poco había inclinado la hermosa frente y con su manecita, apenas con la punta de los dedos, se tomaba de mi mesa, como para aferrarse a algo" (p. 48). La segunda, mensajera de una mujer que ofrece prestarle dinero a Diego de Zama a cambio de favores sexuales, "era una niña, una mulatita de ocho a diez años" (p. 185); y más adelante, se acentúa esta característica de fragilidad: "Allí permanecía, sumisa y débil, con su poquita vida sirviendo sin saberlo las avideces sensuales de una mujer malograda" (p. 188).

Sin embargo, contrariamente a lo que podría creerse, estos personajes no son la encarnación de la bondad o la inocencia, ni ocupan el lugar del total desapoderamiento ya que, desde esa posición de debilidad, muchos de ellos gobiernan a los adultos. Y no es que estos chicos impongan su voluntad sobre los mayores o se rebelen y se adueñen de un poder que, en un principio, les es negado. Lo que estos personajes logran, desde lugares muy marginales, es torcer una historia que estaba destinada a excluirlos o, por lo menos, a hacerlos permanecer mudos o en un terreno de sombras.

Pienso en Aballay y en el niño al que su acto de asesinato ha dejado huérfano. Una sola imagen persigue al gaucho penitente en su larga travesía a caballo: los ojos de ese niño.

Ya se proyecta el ave hacia arriba y al hombre le da contento su libertad.

Pero se le atraviesa una memoria empecinada: la mirada del gurí, cuando le mató al padre².

El asedio de la mirada. Este es un primer elemento con el que los niños dislocan la historia de los mayores. En el caso de Aballay, es una especie de conciencia externa, de inscripción moral, que marca la vastedad del acto asesino y la imposibilidad de expiación de la culpa. Aballay "siempre piensa en el gurí que le hincó la mirada"³, como si esos ojos hubieran verdaderamente "mordido" al gaucho igual que una serpiente envenenada. Cuando ese niño regresa convertido en hombre para vengar a su padre, no sólo consigue matar a Aballay, sino que fundamentalmente le impide cumplir su promesa de no pisar más la tierra. En el duelo final que ambos mantienen, Aballay -por primera vez desde que tomara la decisión de expiar su culpa sobre la montura- debe bajarse del caballo para socorrer a su rival herido y es allí donde encuentra la muerte. En su agonía, "alcanza a saber que su cuerpo, ya siempre, quedará unido a la tierra"⁴.

². Di Benedetto, Antonio. "Aballay", en *Absurdos*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004, p. 67.

³. *Ibid.*, p. 86.

⁴. *Ibid.*, p. 88.

Un segundo elemento por el que estos niños asedian a los adultos es su condición enigmática. En *Zama* hay un personaje sin nombre, caracterizado como "un niño rubio, espigado, como de doce años; descalzo y casi sin ropas"⁵. Aparece sólo cuatro veces en todo el libro y cada una de sus apariciones genera, en Diego de Zama, pero también en el lector, una multitud de preguntas: ¿quién es ese niño rubio?, ¿es real?, ¿es -como dice uno de los personajes- "un niño muerto"?, ¿es una alucinación o es una proyección de la conciencia del protagonista?; y, ¿por qué es rubio?, ¿por qué se hace presente en esos cuatro momentos? La no resolución de tal enigma, uno de los tantos que puntean el texto, cobra una relevancia inesperada cuando ese personaje aparece en la escena final de la novela. A diferencia del huérfano que se venga de Aballay, este niño no ha crecido en los nueve años que recorre la historia, es decir que nunca se transformó en adulto. La única línea que le toca a su voz es, precisamente, la última frase de la novela. Allí, en el borde -un borde que es el final de la historia pero también el final del personaje de Zama, que está agonizando-, ese niño le dice: "tú tampoco (has crecido)"⁶. Desde ese lugar lateral, por lo tanto, este personaje viene a darle un nuevo sentido a la historia y al protagonista -desdoblado, ahora, en este niño rubio-, y genera interrogantes que se multiplican y quedan resonando en el lector una vez que la novela ha terminado.

El tercer elemento que quiero marcar con respecto a estos niños es una suerte de resistencia silenciosa. Voy a referirme a "Enroscado", otro relato de Di Benedetto. Allí, el personaje-niño, Roberto o Bertito, cuya madre ha muerto, tiene un rol protagónico. Toda la historia se desenvuelve en torno a él y a su relación con un padre que trata de remedar de algún modo ese lugar vacante. Lo que importa en este caso es un cambio de posición del personaje de Bertito. En dos sentidos. Por un lado, en cuanto a sus acciones. De ser un niño dócil, que "se deja llevar", Bertito pasa a gobernar la vida de su padre desde el silencio y las negativas: a comer, a ir al baño, a salir. De esta manera, lo lleva a peregrinar de pensión en pensión, en un abandono que parece invertirse de a poco: el niño sin madre va dejando huérfano a su padre. Pero no se trata aquí de una inversión de roles, ya que el niño no asume un lugar de paternidad. Por el contrario, a lo largo del relato, ambos personajes, padre e hijo, van hundiéndose en una intemperie sin fin.

Por otra parte, el personaje de Bertito cambia de posición a través de una extrañeza que se va adueñando del padre y de los demás adultos que tratan con él. A partir de un determinado momento, ya no pueden verlo como humano. Por su comportamiento y su negativa a hablar, los adultos dirán de él "es un animalito". Y, en el final, este personaje será portador de un miedo animal, un miedo

⁵ Di Benedetto, Antonio. *Zama*, ob. cit., p. 31.

⁶ *Ibid.*, p. 262.

que puede convertirse en furia o en espanto. Dice el texto: "Ahí está vivo, terco, jadeante, acosado, convirtiéndose en un gatito despavorido, en un cachorro de tigre con el espanto de que, en el último refugio, lo despedacen los perros"⁷.

Es desde el miedo y la desesperación que este personaje se hace depositario de un poder –pequeño pero inmenso– que consiste en señalar la ausencia de la madre muerta y la imposibilidad de colmar ese vacío.

En general, estos niños no hablan. Cuando lo hacen, sus palabras pueden cambiar el sentido de la historia, como en el caso del niño rubio de *Zama*, o provocar reacciones inesperadas en los adultos. Esta segunda situación se observa en otro cuento, "El juicio de Dios". Allí, don Salvador, el jefe de la estación de San Rafael, se halla en el medio del campo mientras trata de cumplir una misión de "rescate" de un tren que viene de Mendoza y ha quedado varado. Agobiado por el calor y por la sed, decide pedirles agua a unos campesinos que están sembrando a orillas de las vías.

El personaje de don Salvador –que encarna, como indica el texto, "el ferrocarril. Organización inglesa. Organización"⁸– va a ser golpeado, encerrado y amenazado de muerte por dichos campesinos, debido a que una niña de la familia, abandonada por su padre, lo contempla mientras le dice, reiteradamente, "papá". Allí, el narrador nos enuncia:

Y de nuevo, esa mirada infantil, que se abstrae para contemplarlo a él, ese dedito que se alza y la vocecita que dice:
– Paaa-pá⁹.

Esa única palabra que pronuncia la niña alcanza no sólo a torcer el itinerario perfectamente organizado de don Salvador, sino también a colocarlo en un lugar incierto entre la vida y la muerte; aunque luego se resuelve el malentendido, cuando aparece otro empleado del ferrocarril y la niña vuelve a decirle "papá" por la gorra que lleva puesta. A pesar del desenlace, este relato que marca tan claramente el enfrentamiento entre dos universos –el campo y la ciudad, lo racional y lo irracional, la amabilidad y la violencia o, si se quiere, la civilización y la barbarie–, también presenta una oposición entre un mundo adulto con reglas, leyes y responsabilidades, en el que no sólo se ubica don Salvador sino también los campesinos que lo enfrentan; y un mundo infantil que, al usar el lenguaje fuera de los códigos de socialización, consigue enunciar una "verdad" de otro modo inaccesible, a saber, que el lugar del padre no es ocupado por una persona sino por una institución, el ferrocarril, que inviste de poder y autoridad a quienes usan su uniforme.

7. Di Benedetto, Antonio. "Enroscado", en *Cuentos Claros*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004, p. 51.

8. Di Benedetto, Antonio. "El juicio de Dios", en *Cuentos Claros*, ob. cit., p. 103.

9. Ibid., p. 110.

La capacidad de perturbar a los adultos se completa con otra característica: muchos de los personajes-niños de la narrativa de Di Benedetto se emplazan en una cercanía con la muerte. Pueden anunciarla, como el niño rubio de *Zama* que golpea a la puerta del protagonista justo en el momento en que la mulatita está siendo atropellada por un caballo; pueden haber estado cerca, y es el caso de Bertito; pueden recordarla e incluso vengarla, como el niño devenido adulto de "Aballay"; y también pueden sufrirla. Así sucede con la mulatita de Zama y con Ángel, el niño del relato "Declinación y ángel". Ante estos niños que mueren, no es tanto la muerte en sí misma lo que resulta inquietante, sino el modo en que la escena es observada por los adultos. Adultos que, lejos de conmoverse, escrutan a estos niños con una nitidez desapasionada. Cuando muere la mulatita, Diego de Zama se acerca al cadáver.

La niña, la mulatilla, terminaba de caer y era ya un cuerpecito blando confiado a la tierra. Mi atención apartó dos cosas: los labios entreabiertos con la dolorosa sonrisa de quien no puede reír, y en torno a su mano abierta contra el suelo, cara a la Luna forrada de nubes, monedas sin brillo, yertas, pero íntegras en su redondez, constantes en su materialidad, ajenas a la tragedia¹⁰.

Es el narrador el que queda dividido por esa muerte, con su atención escindida entre los elementos "ajenos a la tragedia" y aquellos que están en su propio centro. Algo parecido sucede en "Declinación y ángel", en donde un niño cae desde un techo y grita, y "el grito golpea en la impavidez de los edificios"¹¹.

Ya sea en el grito o en las medias palabras, estos niños están cercados por el silencio y la indiferencia. Sin embargo, consiguen torcer destinos, desarticular historias, amenazar y asediar a los adultos, en definitiva, ocupar un lugar.

Con este punto quisiera extender mi lectura de estos personajes al resto de la obra de Di Benedetto, porque me parece que lo que construye a través de estos niños, del mismo modo que lo hace en otros lugares de su narrativa, es una nueva figura del poder: el poder de los vencidos, de los abandonados, de los huérfanos. No es, por cierto, el poder aniquilador del amo, pero tampoco es una figura otra, espejada en la anterior, igualmente devastadora. Corresponde a otra clase. Es el poder de una pequeña voz que, como la literatura de Di Benedetto, hace su acto de presencia y logra rasgar la impasibilidad del mundo.

¹⁰ Di Benedetto, *Zama*, ob. cit.

¹¹ Di Benedetto, Antonio, *Declinación y ángel*. Buenos Aires: Gargola, 2006, p. 75.

